

FERNANDO VALERA

**TRANSITO DE ORTEGA Y GASSET  
POR LA ESCENA POLITICA DE ESPAÑA**

CUADERNOS REPUBLICANOS

1958

**TRANSITO DE ORTEGA Y GASSET  
POR LA ESCENA POLITICA DE ESPAÑA**

*Conferencia pronunciada en un Anfiteatro de la Sorbona, con ocasión de la velada necrológica que tuvo lugar en París el 15 de mayo de 1956, bajo los auspicios del Ateneo Hispanista.—Se reimprime en el tercer aniversario de la muerte de D. José Ortega y Gasset.*

# TRANSITO DE ORTEGA Y GASSET POR LA ESCENA POLITICA DE ESPAÑA

## I.—EL FILOSOFO CIVICO

De Ortega y Gasset podría con justicia decirse que fue un filósofo político. Su vida entera, pública y privada, un acto de ciudadanía. Su muerte, también.

Dentro del marco de la política española, militó siempre en el ala liberal de uno de los dos únicos partidos que existen en España. Por encima de las clasificaciones ideológicas, arbitrarias y convencionales, que catalogan a los españoles en monárquicos y republicanos, conservadores y liberales, reaccionarios y revolucionarios, proletarios y burgueses, católicos e incrédulos, fascistas y comunistas, la experiencia me ha enseñado que los españoles debemos ser más apropiadamente clasificados en dos bandos o partidos: el de los españoles cerriles y el de los españoles civilizados.

Al primero, pertenecen por igual el creyente montaraz, siempre dispuesto a imponer sus creencias o sus supersticiones a cristazo limpio, y el ateo blasfemo, iconoclasta e incendiario. Dos máscaras o disfraces de un mismo personaje. El español que en tiempos de tiranía vestido de encapuchado o de flagelante, carga a cuestras con los santos y los pasea en las procesiones, musitando blasfemias para su sayo y haciendo estaciones en todas las tabernas del camino, es el mismo que en horas de revuelta se disfraza de miliciano rojo, incendia los templos, profana las cosas sagradas y degüella a los sacerdotes, sus maestros de intolerancia.

Ortega pertenecía al otro partido, al de los españoles civilizados. Sus adversarios han dicho de él, con verdad, que era "el filósofo sin Dios", pues que rara vez en su obra aparece la idea de Dios, cogüelmo del pensamiento de Unamuno; mas tampoco abundan en Ortega las herejías y desde luego no hallaréis nunca en él la blasfemia ni la irreverencia. Se ocupa poco de Dios, porque en su actitud de espectador del mundo circundante no le hace falta; como el espectador del cine no necesita informarse de la prefabricación de imágenes y escenas en los estudios, ni conocer la técnica de su proyección en la pantalla, para gozar de la belleza del drama cinematográfico. El filósofo espectador se centra en la

contemplación e interpretación del drama universal — la historia — y se contenta con tomar nota del proceso vital, en cuanto ocurrencia, registrando el enlace lógico de los acontecimientos; pero sin remontarse como Plotino o San Buenaventura a la ejemplaridad ideal del Verbo, al "film" siempre potencial y permanente en la ideación divina, a los arquetipos, donde se dan de toda eternidad las Ideas de que, al decir de Platón, son sombras o simulacros todos los seres y acontecimientos que se proyectan, como en una pantalla, sobre las paredes de nuestro calabozo de carne.

La vida toda de Ortega es un acto cívico y, por lo tanto, político; su filosofía ateocrática más bien que atea; su casamiento civil; su muerte sin sacramentos que tanto ha escandalizado en la España de simuladores y tragediantes, donde tan escasa es la plegaria íntima de la conciencia, el coloquio del alma con Dios, la oración de recogimiento que el padre Osuna enseñara a Teresa de Jesús, y tan esplendorosa que vociferante en cambio la ostentación del culto externo, que más parece supervivencia de la paganía que vivencia del Evangelio.

Por su vida y su muerte cívicas, como por su tradición familiar, Ortega y Gasset pertenece al nobilísimo linaje de los liberales españoles. Don José fue, además, desde joven, a ratos, militante republicano. No se limitó su intervención a lo que podríamos llamar política magisterial o magistral, de creación de conciencia pública e invención de formas plásticas en que infundirla. De joven, como muchos de los hombres ilustres de su generación, militó en el Partido Radical que acaudillara don Alejandro Lerroux. Dígolo en su honor, en honor de Ortega. Por igual vía crucis que él pasaron otros hombres, como don Julián Besteiro o el Noy del Sucre. De Lerroux ha escrito justamente don Alvaro de Albornoz que "tenía las virtudes y los vicios que hacen a la humanidad verdaderamente humana; a veces parecía un demagogo que llevaba dentro un grande de España".

A la sazón, cuando Ortega militaba en el Partido Radical, las virtudes del grande de España no habían sido sepultadas todavía bajo los vicios del gran pícaro que don Alejandro Lerroux llevaba en la otra faceta de su alma, y el Partido Radical, impulsado por el acicate del dinámico y sanguíneo temperamento de su jefe, era la parte más sensible y viva de la conciencia nacional; una gran esperanza, ahogada luego entre las ortigas de la amoralidad y sepultada bajo la porquería del Estraperlo. Mas entre 1905 y 1923, casi todos los españoles maduros que no pasaron por el Partido Radical, con la honrosa excepción de los entonces minúsculos partidos obreros, o eran monárquicos o pertenecían al reformismo ambiguo, epiceno y común de dos de don Melquiades Alvarez y don Gumersindo Azcárate, o militaban en el "pancismo" de los indiferentes egoístas que, como emblema de su mentecatez, llevaban en la solapa un botón donde se leía: "No me hable usted de política", o "No me hable usted de la guerra". La guerra de que se podía hablar a aquellos majaderos era la de 1914-18, la Primera Guerra Mundial en que se ventilaban los destinos del mundo y, por lo tanto, sus propios destinos de insignificantes personillas humanas.

Decepcionado bien pronto de las extrañas costumbres del caudillo radical, don José Ortega y Gasset se refugió en el magisterio cívico, que también es una manera de acción. Sus ensayos políticos abarcan una parte considerable de

su fecunda obra de polígrafo, y algunos de ellos como la "España invertebrada", la "Redención de las provincias", o su conferencia sobre "Vieja y nueva política", se cuentan entre los mejores documentos para interpretar la España contemporánea y entre los más nobles intentos que se hicieron para encontrarle unas formas políticas congruentes con su manera de ser actual y permanente. Otros, como la "Rebelión de las masas", o la "Historia como Sistema", son ventanales amplísimos por donde es preciso asomarse para contemplar la marcha de la humanidad en nuestro tiempo.

Permaneció en esa actitud de presencia magisterial en el área de la política española, sin adscripción a partido determinado, hasta 1931 en que se incorporó a la lucha activa, creando y presidiendo aquel engendro de su fantasía, especie de areópago u olimpo al que llamó "Agrupación al Servicio de la República"; fecunda en la hora de la doctrina, pues que a ella pertenecían Unamuno, Sánchez Román, Marañón, Antonio Machado, Pérez de Ayala, Díaz del Moral y otros; pero tan estéril en el momento de la acción que sólo reveló como hombre de gobierno a aquel modesto, pulcro y cauto doctor vegetariano de Teruel — convertido por mis pláticas al republicanismo — don Vicente Iranzo, a quien sus paisanos aragoneses conocían mejor por el apodo-de "el doctor patata".

El paso de Ortega por el ámbito de la política activa fue otra vez efímero y luminoso, como las estrellas fugaces en las noches de verano. Bien pronto, en aquellas gloriosas Cortes Constituyentes, cundió el viejo espíritu de facción y el morbo del caudillismo que ha solido malograr las oportunidades de la España liberal, reduciendo y achicando los despertares nacionales a las angosturas de tertulias, sectas y cenáculos madrileños, cuyo mayor daño no es la intrínseca pequeñez, sino la inclinación a excluir del recinto estatal a cuantos no comulguen con las cominerías de la facción o no compartan el culto al caudillo de tanda. Créase así el clima propicio de futuras rebeldías que, a su vez, vendrán a esterilizarse y sumergirse en las arenas movedizas de un nuevo sectarismo y un nuevo caudillaje. Empero, el recuerdo de la actividad parlamentaria de filósofo cívico bien merece especial comentario que reservamos para otra crónica.

## II.—ORTEGA Y GASSET, DIPUTADO CONSTITUYENTE

Paréceme especialmene útil recordar ahora algunos párrafos de mi artículo "Despedida y ofrenda", inserto en "El Liberal" de Madrid el 5 de noviembre de 1932; porque en él se resume y comenta el período más activo de Ortega político, en las Cortes Constituyentes de la República Española. Dice así:

"El maestro se aleja de la política militante. Vuelve otra vez a su hogar recóndito, donde revolotea, esperándole, el enjambre de sus ideas. Abandonó un día aquel sendero poco hollado de la filosofía, cuando la voz del pueblo, hambriento de una luz nueva, necesitaba del gran piloto que marcara los rumbos de la creación que advenía."

"Agonizaba el régimen milenarío. Se respiraba en el aire el estremecimiento de la gran catástrofe histórica inminente. Sólo faltaba la sentencia profética que plasmase, definiéndola, toda aquella vibración sentimental en un pensamiento concreto y definitivo. Y fue, el maestro, quien dio al pueblo la idea, a la historia

el rumbo, a la justicia inmanente la sentencia: "Delenda est monarchia", la monarquía ha muerto... Por aquel instante en que su pluma fue luz y centro de todas las almas libres, guardaría yo hacia el maestro, cuando olvidara otros merecimientos suyos, el fervor exaltado de una admiración ungiada de gratitud y de cariño."

"La opinión ha sido y está siendo con él injusta. Hay en su despedida no sé qué dejo de recóndita amargura, una ironía triste y olímpica. Se va sintiendo que se marcha, elevando a la condición de humilde reconocimiento de su fracaso lo que tal vez sea el desdén majestuoso de una superioridad interior que se autofirma. Muchos le ven partir con indiferencia; otros, con alegría. Permitase a un hombre sentimental y filósofo decir que se nos aleja, con amargura. Al verle partir, me parece, contra el común sentir de las gentes enamoradas del éxito de cada día, que acontece una gran desventura para la política republicana."

"...Sólo las mentes volubles, leves, que gustan de las someras impresiones sin adentrarse jamás en las hondas raíces de los fenómenos, gentes que son vividas por los acontecimientos — una cosa es vivir la historia y otra ser vividos por ella —, ofuscadas por el esplendor del triunfo de cada hora, Lerroux ayer, Azaña hoy, quién sabe cuál mañana; sólo esas gentes pueden ignorar la contribución que ha sido para la obra constituyente el pensamiento del maestro Ortega. Un día, precisa liquidar la gestión preconstituyente del Comité Revolucionario instituido por el país en primer gobierno de la República. Elogios o censuras; aplausos unánimes o críticas inmotivadas; sólo una voz sabe interpretar la historia en aquel momento solemne, cuando únicamente podían hablar las palabras de gran aliento, y el maestro Ortega fue el que definió la fórmula: "Debéis sustituirnos a vosotros mismos." Renovar el procedimiento, manteniendo los mismos hombres: tal era el pensamiento que sentían el país y la cámara sin acertar a definirlo."

"Vino más tarde el debate de totalidad de la Constitución republicana. El maestro Ortega y Gasset hizo el discurso grande, eterno, de aquel magno debate. El dio al dictamen de la comisión el prestigio que la insensatez de unos, la malevolencia de otros, el desdén de los petulantes y la acrimonia de los amargados intentaban robarle ante la opinión. Entre las varias ideas nuevas que quiso añadir al dictamen recordamos su afirmación de fe provinciana, su proyecto de un ensayo de autonomías comarcales en todo el país, su censura al sistema de plebiscitos que algunos de los comisionados, en nuestro fervor juvenil un poco imprudente, prodigábamos en el dictamen primitivo. La inexperiencia nos hacía ver en el plebiscito suprema conquista de la democracia. Fue el maestro Ortega quien nos convenció del riesgo: "Cuando la plebe bulle en las calles de Roma, sobre las losas del foro resuenan los pasos del César que llega", dijo el maestro, y no hubo plebiscito, ni demagogia, sino parlamento y democracia."

"...Y cuando se balanceaba indecisa España entre el unitarismo y la federación, un discurso suyo, de madrugada, inclinó el platillo de la balanza contra la República federal, si bien respetando el ensayo de las autonomías regionales. Tal fue para muchos de nosotros su mayor error; pero prueba indudable del talento polémico de Ortega y de su influencia en los destinos políticos de la República Española..."

"...De las críticas que se hicieron a nuestra Constitución, sólo una de ellas volverá a nuestra memoria. ¿Os acordáis de la fragata panzuda, sobrecargada de gallardetes y banderolas? Inútilmente quisimos algunos aligerar la silueta de la nueva nave o reducir el ornamento barroco de sus atavíos. Parece como si los señores diputados — decía yo en una ocasión —, imaginaran que cuanto no figure en la Constitución ha de quedar para siempre eliminado del campo de la República. Todos quisieron dejar en la nueva ley algún destello de sus ideales, y la Constitución soporta el peso muerto de muchos propósitos lejanos que serían magníficos velámenes para los programas de los partidos políticos; pero que en una ley fundamental son pesado lastre que le quita agilidad y elegancia." La fragata panzuda no podía navegar, y no navegó, añadido ahora.

"...¿Y de dónde procede ese error que no empaña las mil virtudes claras de nuestro código constitucional? La Constitución se discutió con demasiada prisa. No hubo tiempo de seleccionar, de aquilatar, de adiestrar con la meditación polémica en los arduos problemas del derecho constituyente. La cámara comenzaba a sentirse madura para su misión, cuando concluía la obra. Se fue con prisa, y la tarea de hacer un Estado requería más bien aquella serenidad mayestática que el maestro Ortega aconsejara con palabras del genio: "Id sin prisa, pero sin pausa: como la estrella."

"...Por último, el maestro pronunció el magno discurso del Cine de la Opera de Madrid, sobre "el perfil agrio de la República"; soberbia pieza oratoria que no tuvo el don de ser oportunamente pronunciada o recibida. No obstante, algunos que lo escuchamos sin pasión que ciega, sin orgullo que anuble la razón o fanatismo que entenebrece el entendimiento, creemos que hay allí cantera de donde sacar orientaciones, que algún día será ocasión de ofrecer con mayor fortuna a la consideración de nuestros conciudadanos."

"En fin, yo personalmente encontré definido un día en sus palabras el verdadero sentido de la revolución española, que me hervía informe y sin contornos en el alma. Fue el día en que me dijo: "Desengañese, Valera; en España lo más revolucionario es cumplir la ley, que es lo que no se hizo nunca."

"Aquí termina mi ofrenda de respeto y mi despedida. Siento que Ortega y Gasset abandone la política activa. Una esperanza, empero, me consuela: la política de los pueblos no es causa, sino efecto de su conciencia; la verdadera transformación de una sociedad no se hace en las leyes, sino en las almas. El único creador de pueblos es el forjador de conciencias nuevas. Y en esa labor de ciudadanía transcendente, en la cual durante tantos años golpeó con el martillo de su verdad el yunque de la raza, forjando alma nueva, le seguiremos admirando y queriendo como maestro y amigo los que le debemos no pocas de las luminarias que alumbraron durante la juventud la alborada de nuestra conciencia."

Lo que precede, aunque parece de hoy, fue publicado en 1932. La acogida que mi artículo mereció en la España de entonces bien merece un especial comentario que ayudará a explicar muchas de las cosas tristes que más tarde acaecieron.

### III.—ENTRE EL AGORA Y EL OLIMPO

Ahora que Ortega y Gasset, como el Cid Campeador, ha comenzado a ganar batallas después de muerto, le están saliendo muchos admiradores “de toda la vida”. Un nuevo ejemplo de cómo los españoles somos estupendos comediantes, o acaso mejor tragediantes, pues que la comedia se empapa muchas veces con sangre de hermanos. Durante la dictadura de Primo de Rivera, en Valencia, que es la ciudad más republicana de España, apenas si quedaban dos modestos grupos de republicanos: el de los viejos que discurría tras las huellas de Blasco Ibáñez, y el de la juventud que me seguía a mí; pero cuando, pocos meses después, la República llamaba a las puertas de la historia, se vio con asombro que habíamos estado, sin saberlo, torpes de nosotros, rodeados de inmensas muchedumbres de nuevos republicanos “de toda la vida”.

En la primavera de 1936 los falangistas eran en España tan escasos e inoperantes que no habían podido elegir un solo diputado a Cortes, en las elecciones del 20 de febrero. Poco después, desencadenada la guerra civil, cuando las divisiones italianas y alemanas imprimían al Glorioso Movimiento su carácter fascista, sólo Dios sabe de qué profundos y secretos arcones de la tradición comenzaron a salir como por ensalmo, a torrentes, las camisas viejas que llenaron calles y plazas para aclamar al Caudillo. Y es que siempre fueron más numerosos los héroes al día siguiente de la victoria que en los peligros de la batalla.

Así acaece ahora con Ortega y Gasset: cuando, en 1933, la incomprensión de los jefes políticos republicanos y la falta de temperamento del filósofo para luchar en las encrucijadas, le impulsaron a retirarse de la política activa, no se le manifestaron tantos amigos y admiradores como comienzan a revelarse ahora, en España y en el exilio. Creo que entonces fui yo, si no el único, sí uno de los pocos intelectuales a la sazón jóvenes que, afrontando la hostilidad de las capillas políticas predominantes, osó publicar abiertamente su admiración al pensador vencido, muchas de cuyas opiniones, sin embargo, ni compartía ni comparto. Los demás comentaron con ironía, no exenta de regocijo, la retirada del filósofo al Olimpo, como llamaban en Madrid a la tertulia de la “Revista de Occidente.”

\* \* \*

Quando se publicó mi artículo: “Despedida y Ofrenda”, tuve la satisfacción de que algunos de los orteguistas del Olimpo, para quienes no había sido yo nunca santo de la devoción, repararan la injusticia que de antiguo venían cometiendo conmigo. Especialmente noble fue la actitud de Corpus Barga al rectificar los alfilerazos inmerecidos que algunas semanas antes me había aplicado desde las columnas de “Luz”, porque en las Cortes había yo defendido con fortuna el Estatuto de Cataluña contra los mazazos dialécticos de Unamuno, Ortega y Gasset, Sánchez Román y otros. Reconozco ahora que tal vez fue desmedida osadía que un diputado de treinta años opusiera su tierna cultura y apasionada elocuencia a la madurez y profundos conocimientos de tan esclarecidos varones;

pero lo cierto es que la experiencia salió bien y que el Estatuto de Cataluña, gracias a mi discurso, renació como el Fénix de sus cenizas.

En cambio Ortega y Gasset me había distinguido con cierta predilección que me compensaba de la actitud de sus discípulos y admiradores. Si alguna vez tengo humor y tiempo escribiré algo sobre mi frecuentación de Ortega. Con él, como con Unamuno, y también con Azaña, tuve el singular privilegio de celebrar pláticas inolvidables y que bien merecerían ser recordadas. Como en todos los parlamentos, solían producirse en las Cortes Constituyentes momentos de marasmo, cuando se descendía de los altos debates generales a la discusión pormenorizada del articulado, o cuando los diputados rurales dilapidaban el tiempo de todos defendiendo, o simulando que defendían, los intereses de sus clientelas electorales. Entonces solíamos retirarnos a los pasillos o al salón de conferencias del Palacio de las Cortes, rara vez al bar, para platicar sobre asuntos de nuestro agrado; y más de una vez, como yo soltara alguna atrevida y original expresión filosófica, Ortega me cogía por el brazo, me conducía a algún rincón donde no faltaban unos cómodos sillones isabelinos, y me preguntaba como si estuviera de exámenes, el alcance y sentido que yo daba a tal o cual expresión infeliz o afortunada, según los casos.

Recuerdo entre otras, una plática sobre mi conferencia “Disciplina de la Liberación”, pronunciada el año 1931 en el Teatro Apolo de Valencia y recogida en los “Cuadernos de Cultura”. Tanto le interesó lo allí por mí expuesto, que incluso recogió en posteriores ensayos suyos algunas ideas y citas, como la bella de Juan de Salisbury en que el místico medieval compara al hombre, sumergido en la tradición social — en la circunstancia, diría Ortega —, con un niño encaramado en la espalda de un gigante que tomase por propia perspectiva la que le viene de la eminencia de su pedestal.

Otra vez, defendiendo yo a Pi y Margall a quien él y Sánchez Román habían tratado despectivamente, le dije que el sistema de Pi y Margall me parecía cosa admirable para su tiempo y que sólo adolecía de una flaqueza que no era suya, sino de la época en que escribió: la identificación de la razón intelectual con la razón vital, vicio común a todo el racionalismo del siglo XIX, cuando los hombres se creían seres racionales, por lo que pensaban que bastaba hallar los fundamentos lógicos de una doctrina para considerarla realizable en la vida histórica, con independencia del momento y la circunstancia. Añadí que ni Pi y Margall ni ninguno de los contemporáneos racionalistas había podido prever las posteriores concepciones del evolucionismo, el historicismo y el vitalismo. Y como yo me interrumpiera diciendo: “Bueno; pero esto son lucubraciones metafísicas que no hacen el caso”, Ortega me replicó vivamente: “¿Cómo que no? No puede usted imaginarse cuánto me interesa lo que está diciendo. Venga, venga a explicarme el alcance que usted da a ese antagonismo de la razón intelectual con la razón vital.”

Otra de mis preocupaciones que mereció su interés fue el distingo que una vez le hice entre “la fatalidad” y “el azar”, nociones que para el hombre se identifican en el sentimiento de la propia indefensión, pero que son intrínsecamente antinómicas. La fatalidad supone determinación absoluta, y el azar, la absoluta determinación. La una es la causalidad de la materia; el otro, la casua-

lidad, la invención imprevisible de la vida. Mas en ambos casos el hombre se halla igualmente inerme ante lo necesario o ante lo imprevisible, por donde el hado y el azar se identifican para él en el sentimiento de la impotencia ante el destino.

También le sorprendió una vez que hablando de temas religiosos le dijera que el dogma de la Trinidad me parecía la sola concepción posible y lógica de la acción divina en el universo. Silenciando los elogios que mis audacias le merecieron, recordaré sólo el reproche que alguna vez me hizo de mi inclinación a la filosofía mística, que él consideraba el lado flaco y deleznable de mi formación intelectual, y que yo por el contrario considero el más sólido y robusto puntal de mis creencias filosóficas.

\* \* \*

Las circunstancias que acompañaron a la publicación del artículo "Despedida y Ofrenda", reflejan el clima de violencia que, ya en 1932, preparaba la tierra para la siembra de la guerra civil en que se había de hundir la República y arruinar España. Yo venía siendo desde hacía años uno de los colaboradores más estimados de "El Liberal" de Madrid, al lado de los viejos maestros del periodismo, tan insignes como Roberto Castrovido, Antonio Zozaya, Marcelino Domingo y otros. Sólo a mí — puedo decirlo sin inmodestia, pues que no hago más que registrar un hecho — se me hacía el honor de anunciar anticipadamente la publicación de los artículos y de aumentar, cuando se insertaban, la tirada del diario. Mas "El Liberal" había evolucionado hacia el peligroso confusionismo marxista que entonces empapaba la vida republicana española, y mi inalterable liberalismo democrático comenzaba a ser un estorbo. La publicación de "Despedida y Ofrenda" ofreció, por otra parte, al director, don Paco Villanueva, viejo republicano soriano y periodista eminente, la ocasión de vengar algún rencor oculto que tendría con Ortega. Con insolencia incomprensible cambió el título de mi artículo por el de "La Retirada de Ortega". Los lectores creyeron al principio que se trataba del torero, entonces en moda, el cual se llamaba con el mismo apellido; los enemigos del filósofo rieron la gracia; sus admiradores, se indignaron, y sus envidiosos celebraron el sarcasmo. Yo, por mi parte, no volví a colaborar en "El Liberal", para significar mi protesta.

#### IV.—LA SOLEDAD DEL JUSTO

El sentido reverencial de la vida me ha inclinado siempre a la admiración hacia los hombres eminentes y buenos que hallé en mi camino, y me dio en pago la compensación espiritual de sentirme estimado por ellos. Y cuando no llegué a merecer esa estimación, lo atribuí más a deficiencia mía que a injusticia suya. Me envanezco de haber merecido el afecto de Ortega y Gasset. Mi artículo "Despedida y Ofrenda" le conmovió sin duda, acaso más que por el valor literario que tuviera o no tuviera, por el gesto moral, insólito y gallardo entre españoles de reconocer la eminencia ajena. El maestro me expresó entonces su emoción con uno de los dos o tres elogios que he escuchado con agrado en mi ya larga

vida y que me compensaron de tantas censuras y críticas inmotivadas que otros me prodigaron: "Yo estoy en deuda con usted, como pensador y como hombre, y soy de los que pagan sus deudas", me dijo.

No tuvo ocasión de pagarme la deuda. Se interpuso el desgarramiento nacional, la rebelión, la guerra civil, la intervención extranjera, la revolución social, la derrota de la democracia española. En 1936, el infortunado pronunciamiento militar desencadenaba la tempestad en que habían de naufragar tres generaciones de españoles: la de Ortega, sorprendida en plena cosecha; la mía, que vio interrumpido su crecimiento cuando se acercaba a la madurez, y la siguiente, que se prometía ubérrima a juzgar por la buena siembra y por las primeras floraciones.

El 18 de julio de 1936 fue para Ortega y Gasset, político y patriota, un cataclismo espiritual insoportable e insuperable. Al principio, y precisamente por gestión mía, él, Menéndez y Pidal, Marañón y otros intelectuales ilustres condenaban públicamente la rebelión militar; mas a las pocas horas surgía en la calle la otra rebelión, la de los incontrolados, y el espectro del terror y del odio se enseñoreaba de España. Don José no pudo soportar el espectáculo. Por otra parte, sus enemigos encubiertos, los envidiosos de toda la vida — Dios nos libre del rencor de los escritores resentidos y fracasados —, le acechaban y amenazaban, y el Gobierno carecía de instrumentos de poder con que asegurar la integridad personal de nadie, pues que la mayoría de la fuerza pública se había echado al monte y, consiguientemente, en las ciudades andaban sueltos los bandidos. Y don José hubo de ausentarse de España.

Rodolfo Llopis, por orden de Largo Caballero, le custodió y acompañó hasta el puerto de Alicante. Con el alma desgarrada, volviéndose a contemplar el áspero cerro blanquecino donde se yergue el castillo de Santa Bárbara — *akra leuka*, la montaña blanca de los griegos, de donde acaso venga el actual nombre de Alicante —, dando rienda suelta al dolor de su alma, don José dijo a su custodio y acompañante: "He ahí a España. Seca como esa roca. Aridez sin ternura. Ni un árbol, ni una planta, ni una gota de agua."

La filosofía del espectador caía por tierra, y el yo del filósofo tomaba por mundo real la proyección de sus propios estados de conciencia. Le hubiera bastado trepar a lo alto de *akra leuka*, la montaña blanca, para divisar al otro lado la playa de San Juan, y tras las estípites esbeltas de las palmeras, adivinar, más lejos, la pedrería de los almendros, los parrales de oro de Denia, el espejo de plata de los arrozales en la ribera del Júcar y, al fin, los campos de naranjos y limoneros que con bocanadas impregnadas de azahar anuncian al contemplador asombrado esa espléndida bendición del Mediterráneo que se llama Valencia.

—No, don José; España es eso... y lo otro — le replicó Llopis, respetuoso pero enérgico.

Pocos días antes, en una plática de amigos a la que asistimos él, Díaz del Moral — el insigne notario de Bujalance cuya historia de las luchas sociales en Andalucía es uno de los buenos libros de nuestro tiempo — y yo, me manifestaba el espanto y la sorpresa que la guerra civil le había producido.

—Creía que la ferocidad del celtiber había sido superada para siempre.



—Yo no — le repliqué —. La ferocidad no es una cualidad especial del alma española, como de ningún otro pueblo, sino un atavismo que todos los hombres llevamos latente en el estambre de nuestra conciencia. En efecto, luego he podido comprobar en mi errar de apátrida por el mundo, en mis estudios de humanista, que todos los hombres y pueblos llevan por igual en las profundidades de su ser el desierto y el oasis, el sol que abrasa y el manantial que refresca, la arena implacable y la palmera piadosa que ofrece a las caravanas sus dátiles y su sombra. El mismo pueblo que escuchaba enternecido a Bach, a Mozart y a Beethoven, volvióse satánico al conjuro de los alaridos de Hitler.

Invito al lector a que relea y compare, por vía de ejemplo, el relato que Tucídides hace de la guerra civil de Corcira en el siglo V antes de nuestra era, con el que Hurtado de Mendoza redactó en el siglo XVI para el rey don Felipe II de España, informándole de las atrocidades que moros y cristianos cometieron durante la rebelión de las Alpujarras. La ferocidad de nuestra guerra civil no era un fenómeno específicamente español, sino la repetición de lo acaecido en todas las guerras civiles de todos los pueblos, tiempos y latitudes. Una vez más, el filósofo creía asomarse como espectador al mundo de su circunstancia y estaba, en realidad, contemplando la proyección del inmenso dolor de su alma desgarrada. La sola novedad de la guerra civil española fue la rapidez sorprendente con que en la zona republicana se rehizo en pocos meses un estado de derecho y una sociedad civilizada. Novedad tan insólita que en la zona franquista y a pesar de contar con el apoyo moral de la Iglesia Cristiana, no ha podido operarse al cabo de veinte años el milagro que en la zona republicana se realizó en pocos meses.

Y así fue cómo Ortega y Gasset se ausentó de España en 1936, para no volver en realidad a incorporarse más a ella, pues que si bien, al cabo, harto de sufrir humillaciones en el extranjero, regresara un día al suelo patrio, nunca se sumó al séquito de los vencedores. Acaso fue débil; pero desde luego fue digno, y bien merece el respeto de sus adversarios y la veneración de sus amigos.

Dicen que Pitágoras, hace más de veinticinco siglos, había enseñado aquello de: "¡Oh, legislador, no hagas leyes para los pueblos; haz pueblos para las leyes!" Porque Ortega y Gasset hizo pueblo, porque forjó conciencia de ciudadanía, podrá decirse de él, con el clásico, que su nombre perdurará en el epitafio viviente que no está escrito en labradas piedras, sino en el pensamiento de los hombres.